

# La Gracia en la encrucijada: Nuevas tendencias y controversias en el Protestantismo

---

En esta segunda década del nuevo siglo y del nuevo milenio, estamos inmersos en cambios enormes de paradigmas que van a dejar la Iglesia profundamente alterada. La escala de los cambios es más que los cambios de década o de siglo; son cambios de época. El cambio climático es sólo uno de los síntomas junto con la migración de millones de personas desplazadas, la globalización y las desigualdades cada vez más agudas.

La Iglesia no escapa de los cambios de época. Con la conversión del Emperador Constantino en el siglo IV la Iglesia tuvo un gran protagonismo que llevó a la Cristiandad. Pero me temo que ahora la Iglesia en Europa, en vez de ofrecer protagonismo, es más como un naufrago agarrado a su balsa. La Gracia realmente está en una encrucijada, y nosotros viajeros necesitamos reflexionar y orar profundamente para discernir el camino a elegir. Nuestra meta debe ser buscar el protagonismo en vez de caer en el victimismo.<sup>1</sup>

En esta ponencia, después de dibujar el reto que afrontamos, ofrezco mis reflexiones sobre algunos de los cambios de sustancia y de forma que necesitamos hacer como Iglesia para recuperar el protagonismo. A lo mejor mis ideas no son las más adecuadas, pero espero que sirvan para inspirar la visión y estimular el diálogo.

## El reto

Antes de hablar del reto, es necesario aclarar una definición. La Gracia genera una multitud de imágenes y de contenidos para los evangélicos. Para gente de la tradición reformada trae a la mente la famosa dualidad de “gracia-obras”, o “gracia-ley” de Martín Lutero. Con el paso del tiempo ha llegado a ser prácticamente sinónimo del

---

<sup>1</sup> Aunque no pretendo aquí ofrecer un protagonismo que repercuta en una nueva forma de cristiandad.

Evangelio de Jesucristo, y éste es el sentido que quiero usar. La Gracia en la encrucijada también es el Evangelio frente a los cambios de paradigma. Nuestra tarea es repensar la sustancia y las formas del Evangelio, o de la Gracia con las futuras generaciones en mente.

Todos sabemos que las iglesias evangélicas históricas llevan décadas perdiendo membresía. Esta caída es una realidad en mi propia denominación, la Iglesia Metodista Unida, desde la década de los años sesenta. El movimiento metodista ha crecido al nivel mundial, pero los números rojos en Europa y en los EE.UU. parecen como los números de déficit del estado español en la crisis actual.

Durante algún tiempo las nuevas iglesias de carácter pentecostal o carismático han estado acogiendo a los desilusionados con las iglesias históricas y atrayendo a gente nueva. Pero ahora algunas de las mega iglesias más famosos están percibiendo el cambio. Según las encuestas, la categoría de los “no afiliados” en los EE.UU. ha llegado al 16,1%, sólo dos puntos por debajo del número de afiliados a las iglesias históricas.<sup>2</sup> En el contexto español, según un estudio del Centro de Investigaciones Sociológicas, el 14,7% no siguen ninguna religión pero se consideran espirituales.<sup>3</sup> Curiosamente este fenómeno va acompañado por un crecimiento en membresía en grupos muy conservadores o fundamentalistas.

¿Cuál es el principal tema de preocupación de las iglesias históricas ahora? La respuesta es fácil: la falta de jóvenes en la iglesia, y la otra cara de la moneda, el envejecimiento de la membresía activa. Por ejemplo, las iglesias tienen un número importante de pastores que están al punto de jubilarse y la casi inexistencia de pastores de una o dos generaciones anteriores a los que se jubilan. ¿Cómo van a pagar las iglesias a los jubilados, y quiénes serán los pastores y las pastoras de las comunidades que queden?

Aunque estos son problemas muy serios, quiero centrarme en el problema de la falta de jóvenes. David Kinneman y Gabe Lyons dedicaron tres años para estudiar jóvenes de entre 16 y 29 años en los EE.UU en su libro *UnChristian: What a New Generation Really Thinks about Christianity...and Why It Matters*<sup>4</sup> (*No Cristiano: Lo que la nueva generación realmente piensa sobre el cristianismo...y por qué importa*). Los resultados de su investigación, basada en entrevistas, nos dan una idea de cómo los jóvenes fuera de la Iglesia ven a la gente dentro de ella. Aunque el estudio es de los EE.UU., creo que refleja bastante bien la realidad europea también.

<sup>2</sup> Estudio del grupo Pew Research. <http://religions.pewforum.org/reports>. <Acceso 9/10/2013>.

<sup>3</sup> p. 17, Estudio nº 2.776 Octubre-Diciembre 2008. Centro de Investigaciones Sociológicas. [http://www.cis.es/cis/opencm/ES/1\\_encuestas/estudios/ver.jsp?estudio=10382](http://www.cis.es/cis/opencm/ES/1_encuestas/estudios/ver.jsp?estudio=10382). Acceso 5/12/2013.

<sup>4</sup> David Kinneman and Gabe Lyons. *UnChristian: What a New Generation Really Thinks about Christianity...and Why It Matters*. Grand Rapids: Baker Books, 2007.

Para los jóvenes la gente de la iglesia es sentenciosa y poco sincera. Sólo está interesada en "la salvación", es decir, en dar respuesta a la cuestión de dónde termina la gente después de morir. No está interesada en la persona íntegra, en el aquí y ahora. Los miembros de las iglesias suelen limitar sus círculos sociales a adeptos, lo cual provoca un cierto aislamiento de la realidad circundante. También manifiestan una actitud de superioridad.

Si ésta fuera tu perspectiva de los seguidores de Cristo, ¿querrías tener algo que ver con él o con la Iglesia? Este estudio nos da una idea de por qué estamos perdiendo a nuestros jóvenes y no atrayendo a otros. Éstos ven el mensaje de los cristianos como algo desfasado, hipócrita y culturalmente irrelevante. Cuando un joven ajeno a la iglesia entra en ella, no encuentra nada con lo que pueda identificarse. Éste es nuestro reto.

### La necesidad

¿Cómo respondemos a la realidad que estos jóvenes ven? Sé que la primera reacción es defendernos señalando las cosas positivas que aportamos. Pero si queremos asumir el protagonismo, tendremos que responder a la sustancia real de la crítica.

Es necesario reconectar con la sociedad más allá de los muros de nuestras iglesias. Tenemos que reformular el Evangelio en cuanto a la sustancia de su mensaje y en cuanto a las formas de su vivencia, para que conecte con la gente tal como está y dondequiera que esté. Esta reformulación del Evangelio debe tenerse en cuenta los avances de la investigación bíblica-teológica, debe dar respuestas a las cuestiones vitales que la gente realmente tiene, y debe encarnar el reino de Dios en nuestras comunidades.

Quizás una analogía nos ayude a comprender mejor la situación. Si la Iglesia fuera al médico, el diagnóstico sería arteriosclerosis, es decir, el endurecimiento de las arterias. La acumulación de la placa de colesterol en las arterias está restringiendo peligrosamente el flujo de la sangre que da vida. La solución propuesta sería una angioplastia, que es la operación mediante la cual se introduce un pequeño globo en la cavidad arterial para raspar las paredes y quitar la placa acumulada. En esta imagen, el tradicionalismo sería la placa de colesterol que impide el flujo libre de la sangre.

Para contrarrestar el efecto dañino de este tradicionalismo desfasado y desconectado de las nuevas generaciones, voy a proponer cambios de sustancia y de forma. No pretendo que sean los más adecuados, necesariamente, pero espero que sirvan para indicar un camino de cambio y que provoquen una reflexión y un diálogo como paso previo a la acción transformadora.

## Renovación de la sustancia del Evangelio

En la conversación cotidiana hay determinados temas que se consideran demasiado peligrosos para tratarlos a la ligera. Me refiero a cuestiones como son la religión, el dinero y el sexo. Proponer cambios de sustancia en la conceptualización del Evangelio no es solamente atrevido, sino peligroso. Los feligreses consideran que el Evangelio nunca cambia, que el mensaje hoy es el mismo que hace 2.000 años. Pero esto no es del todo cierto. Sólo hay que estudiar la historia de la Iglesia para descubrir que la manera de formular, recibir y vivir la fe está profundamente afectada por el contexto histórico-social-cultural de cada pueblo en cada época. Todos somos criaturas de nuestro tiempo, y nuestro concepto de la sustancia del Evangelio y de la manera de vivir la fe está impregnado de múltiples aspectos de nuestras respectivas culturas. Además, hay que tomar en cuenta los avances en los estudios de la Biblia y de la Teología.

Para ofrecer mi propuesta de modificaciones de la sustancia del Evangelio quiero partir de dos textos.

*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús:*

*6 Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, 7 sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. 8 Más aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.*

*9 Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, 10 para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; 11 y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. (Filipenses 2.5-11; RV 60)*

*El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos. (Marcos 10.45)*

«Hijo del Hombre» fue el título que Jesús más se aplicó a sí mismo. Después de la crucifixión y la resurrección, los cristianos dejaron de aplicar este título a Jesús y pasaron a referirse a él con más frecuencia como Hijo de Dios. El título «Hijo del Hombre» indica más la humanidad de Jesús, mientras «Hijo de Dios» enfatiza su divinidad. La primera parte del himno cristológico de Filipenses se vincula al Hijo del Hombre: Jesús se despoja de sus prerrogativas de divinidad para hacerse plenamente humano. El himno no dice que Jesús pierda su deidad, sino que voluntariamente no se aprovecha de ella. Jesús es plenamente humano y plenamente divino. La segunda parte del himno coincide mejor con el título Hijo de Dios.

Muy pronto en la historia de la Iglesia se enfatizó el Hijo de Dios exaltado y se dejó de lado su identidad como Hijo del Hombre. Lo que importaba era la divinidad de Cristo, y se relegaba su humanidad a un dato histórico con poca trascendencia teológica. *Esto fue un error profundo error.* La exaltación de la divinidad de Jesús sobre su humanidad roba a la Encarnación de su fuerza y sentido.

Propongo que recuperemos la relevancia teológica de la humanidad de Jesús y la relación estrecha entre la divinidad y la humanidad en la misma persona. *Hace falta recombinar su humanidad y su divinidad, y descubrir cómo su divinidad se revela dentro de y a través de su humanidad.* Jesús es el Hijo de Dios, pero sigue siendo el Hijo del Hombre también. Vemos a Dios en la persona humana de Jesús. La resurrección no separa su divinidad de su humanidad, sino al contrario revela que la divinidad está presente en la humanidad de Jesús desde el principio. Lo divino se revela en lo humano. *Para el siglo XXI necesitamos un Cristo que sea divinamente humano y humanamente divino.*

Quizás podemos captar esto mejor a través de un relato del Evangelio. Cuando unos amigos bajan a un parálítico desde el techo de una casa, ¿qué hace Jesús? Le perdona los pecados y luego lo cura de su parálisis. El perdón enfatiza su divinidad al punto que los líderes religiosos presentes le acusan de blasfemia. Pero ¿cuál es el enfoque de la acción de Jesús? Jesús no sólo sana el cuerpo, también restaura su dignidad humana y le reconcilia con su comunidad. Jesús demuestra una humanidad profunda al parálítico; no porque el hombre carezca de ella, sino precisamente porque Jesús reconoce la dignidad ya existente por el hecho de ser creado a imagen de Dios. Jesús le reconcilia con Dios y con su comunidad, reconoce y restaura su dignidad humana y sana su cuerpo. La divinidad de Jesús se manifiesta en su humanidad con el hombre.

Mi propuesta de recuperar la relevancia teológica de la humanidad de Jesús está vinculada a otra reclamación: **que pongamos el énfasis teológico central en la Encarnación.** La recuperación teológica de la relación inseparable de la humanidad y la divinidad de Jesús tiene implicaciones profundas y amplias. Voy a indicar solo tres muy brevemente: nuestra comprensión de la cruz, la misión y la comunidad.

### *La cruz*

El texto citado en Marcos 10,45 dice que el Hijo del Hombre vino para dar su vida en rescate por muchos. Obviamente se refiere a la muerte de Jesús en la cruz. Tradicionalmente hemos entendido la cruz como el lugar donde Jesús sufrió el castigo en nuestro lugar. Según esta interpretación, Dios está profundamente ofendido por el pecado humano y, de alguna manera, el castigo satisface a Dios; es el precio de la justicia. En la cruz Jesús es castigado en nuestro lugar, y de esta manera somos declarados inocentes de toda culpa delante de Dios. Esta comprensión de la expiación, de cómo se efectúa el perdón, recibe el nombre de «sustitución penal». El pecado es

un crimen que tiene que ser castigado; Jesús sufre nuestro merecido castigo, y de esta manera nos libramos de ello.

¡Esta teoría representa una teología terrible! Presenta una imagen horrible de Dios. Confunde totalmente la estrategia de Dios para resolver el problema del pecado humano. Categoriza equivocadamente el pecado como un asunto legal y criminal, pero el pecado no es un asunto legal y criminal, sino un problema teológico y humano que requiere un tratamiento terapéutico. Cuando Jesús trata con un pecador o una pecadora, lo trata como una enfermedad que requiere tratamiento y sanidad en vez de como un delito que necesita un merecido castigo. Jesús no sana a través del castigo; sana para hacer al enfermo sano, íntegro y humano.

*La Encarnación ES la estrategia salvífica de Dios.* El Hijo de Dios llega a ser el Hijo del Hombre. Cuando vemos la cruz y la expiación efectuada a través de la lente de la Encarnación, la entendemos con más claridad. La cruz no es el propósito final de la venida de Jesús como Hijo del Hombre, sino la culminación de su vida entera de servicio *kenótico*, o servicio como el despojado. Es decir, Jesús no vino con el propósito de morir en la cruz: su vida de solidaridad con y de servicio a la humanidad junto con su entrega plena a Dios Padre culmina en la cruz.

El teólogo alemán Jürgen Moltmann nos ayuda entender la cruz en clave encarnacional.

*Dios se hizo el Dios crucificado, para que nos convirtamos en hijos libres de Dios. ¿Qué hizo, pues, Dios en la crucifixión de Jesús? Mientras el resurgimiento de Jesús se interpretó como revelación del poder (dynamis) y gloria (doxa) de Dios y como acción nuevamente creadora, Dios no se quedó callado ni inactivo en la cruz de Jesús. Ni tampoco estuvo ausente en el abandono que este sufrió de parte de él. Obró en Jesús, el hijo de Dios: traicionándolo a la muerte, es Dios mismo el que lo entregó. En la pasión del hijo sufre el Padre mismo el dolor del abandono. En la muerte del hijo llega la muerte a Dios mismo, sufriendo el Padre la muerte de su hijo por amor a los hombres abandonados. Por consiguiente, el acontecimiento de la cruz tiene que interpretarse como un suceso entre Dios y su hijo. Entregando el Padre a su hijo al sufrimiento y la muerte alejada de Dios, obra éste en sí mismo. Lo hace en la forma de la pasión y muerte, para posibilitar en sí mismo la vida y la libertad a los pecadores.*

*La pasión y muerte de Jesús, entendidas como pasión y muerte del hijo de Dios, son, con todo, obras de Dios respecto de sí mismo y, por tanto, pasiones de Dios. Dios se supera a sí mismo, se decide a sí mismo, toma el juicio por los pecados de*

*los hombres sobre sí mismo. Dirige hacia sí lo que conforme a derecho tiene que ocurrirle al hombre.*<sup>5</sup>

En otras palabras, Dios mismo resuelve el problema del pecado asumiéndolo sobre sí mismo dentro de la Trinidad. Dios, en plena solidaridad con la humanidad a través de la Encarnación en Jesús —quien es Hijo de Dios e Hijo del Hombre—, experimenta el drama de la redención tanto como Dios como ser humano. Dios no se sienta en su trono como observador de un drama en que un sacrificio externo simplemente le satisface. Dios no es el emperador del Coliseo de Roma, levantando o bajando el pulgar. Dios mismo se involucra en el drama de la salvación como Dios Padre; como Dios Hijo, en plena solidaridad con la humanidad; y como Dios Espíritu Santo, quien resucita al Hijo de la muerte. En otras palabras, Dios resuelve el problema del pecado dentro de la deidad en solidaridad con la humanidad.

Es precisamente esta solidaridad que manifiesta el amor supremamente. Dios viene para vivir con nosotros como un ser humano y así restaura nuestra dignidad y humanidad. Jesús, como Hijo del Hombre en quien está representada toda la humanidad, y como Hijo de Dios juzga el pecado al asumirlo sobre sí mismo. Esto es lo que Pablo quiere decir en 2 Corintios 5.21.

*Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.*

### *La misión*

Las implicaciones de la Encarnación para la misión están muy vinculadas a la comprensión de la cruz. Si la cruz no es el lugar de juicio en la forma de castigo, sino la culminación de una vida del Dios-Ser Humano vivida en solidaridad con la humanidad, entonces la misión deja de centrarse en el tema del pecado. A la luz de la Encarnación, la misión se vincula con la gran visión del propósito creador. Dios fabrica una creación buena, y en ella coloca una criatura hecha a su propia imagen. Por tanto, la *missio Dei* tiene un impulso reivindicativo; su propósito creador no será frustrado. Dios mismo actúa dentro de la creación, dentro de la historia, a través de un pueblo, y finalmente por medio de un ser humano representativo (Segundo Adán) para restaurar y reconciliar. *La misión de Dios es la restauración de la creación, de la humanidad hecha a su imagen; y la reconciliación de todas las cosas* (Efesios 1,10). La restauración, que eventualmente resultará en la nueva creación, y la reconciliación son los dos ejes de la misión de Dios.

La misión encarnacional procura humanizar a las personas y la sociedad deshumanizada y deshumanizante. Se preocupa por los sistemas que violan la dignidad

---

<sup>5</sup> Jürgen Moltmann, *El Dios crucificado: la cruz de Cristo como base y crítica de toda teología cristiana*. (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1977), pp. 269-270.

humana y la integridad de la creación. Procura la reconciliación, no sólo de personas y pueblos, sino de la comunidad humana con la creación misma. La misión encarnacional presta atención a las tres relaciones humanas clave: la relación con Dios, con el prójimo y con la creación. Es decir, la misión tiene un eje teológico, antropológico y ecológico. Podemos usar estos tres ejes como criterios de evaluación de los proyectos de misión y de la vida de la iglesia.

La parábola del buen samaritano ofrece un ejemplo claro de la misión encarnacional. Todos conocemos bien la parábola. Unos ladrones asaltan, roban e hieren casi hasta la muerte a un israelita en el camino de Jerusalén a Jericó. Dos paisanos de la víctima, un sacerdote y un levita, encuentran al herido, pero deciden pasar por el otro lado, y no le ayudan nada. En contraste con los paisanos, un samaritano para y le presta ayuda. El hecho de que sea un samaritano quien atiende al hombre y no sus propios paisanos es el elemento de sorpresa en la parábola, que Jesús usa con gran efecto.

El samaritano efectúa una misión encarnacional. ¿Qué es la primera cosa que hace? Se detiene y se acerca al hombre. No ignora su condición, pero sí ignora su etiqueta de israelita. Le reconoce como un igual, como un ser humano hecho a la imagen de Dios, y le trata conforme con esta dignidad. Le trata como a él le gustaría ser tratado en una situación similar. Es decir, ignora las barreras históricas, culturales y religiosas; y prima la humanidad del hombre. Actúa para sanar y restaurar al hombre. No le pide nada a cambio; su servicio es desinteresado. Es como dice el himno en Filipenses: *“Se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres (Fil. 2.7).*

### *La comunidad*

Hemos considerado algunas implicaciones del énfasis en la Encarnación para nuestra comprensión de la cruz y de la misión. Ahora consideraremos su impacto en la comunidad de seguidores de Cristo. La comunidad encarnacional es testimonio de la presencia y acción de Cristo en el mundo, y el Espíritu de Cristo penetra todo lo que hace. Por tanto, una de las características principales de la comunidad encarnacional es su solidaridad con toda la humanidad. Esta solidaridad está arraigada en la solidaridad de Dios con la humanidad; es decir, se fundamenta en la creación de todos a imagen de Dios y en su amor a su creación. Por tanto, esta comunidad no puede hacer distinción de personas, y la Iglesia deja de ser un club de adeptos que mira con sospecha a los no adeptos.

La comunidad tiene una visión clara de la misión de Dios en Cristo. Se dedica a humanizar, a restaurar y sanar, a reconocer y recuperar la dignidad humana de los deshumanizados. Procura una reconciliación y una relación sana y equilibrada en todas las relaciones clave: con Dios, con el prójimo y con la creación. Por tanto, el enfoque de su misión no es el más allá después de la muerte sino el aquí y ahora. Ayuda a las personas a ser más humanas y fieles en todas sus relaciones. De esto trata el reino de Dios en el ministerio de Jesús, ¿verdad?

Se pueden encontrar muchos ejemplos de iglesias con ministerios que restauran a las personas y sanan las relaciones clave. Algunas iglesias promueven el comercio justo, otras organizan roperos y bancos de comida, mientras otras patrocinan Organizaciones No Gubernamentales (ONG) especializadas en determinados servicios. Las iglesias también han fundado clínicas y hospitales en adición a centros educativos a todos los niveles. Hay ministerios que se dirigen a prácticamente toda la gama de la realidad humana.

Para algunos esto puede sonar como una visión humanista que deja Dios a un lado, pero es todo lo contrario. Jesús, el Hijo de Dios que se hizo Hijo del Hombre, demostró la divinidad precisamente en su humanidad. Y la recuperación de la dignidad humana está directamente vinculada con su relación con la divinidad. Cuanto más humana sea la comunidad, más se ve a Dios en ella. De esta manera la comunidad da un testimonio coherente de Jesucristo en palabra y obra. Es un modelo vivo de la visión del reino de Dios.

### **Renovación de las formas del Evangelio**

Hasta aquí he presentado algunas propuestas de renovación de la sustancia del Evangelio, pero no podemos separar la sustancia de las formas de vivencia. Para usar una analogía del mundo informático, y volviendo al estudio de Kinneman y Lyons, los jóvenes viven en el mundo del Web 3.0 y ven la Iglesia en el mundo pre-ordenador. Este desfase cultural les produce un rechazo de la sustancia del Evangelio.

#### *Presentación del Evangelio*

Hace falta reformular nuestra presentación del Evangelio de la Gracia. Siguiendo las pautas que acabo de indicar, el punto de partida debe ser la solidaridad de Dios con la humanidad manifiesta en Cristo, y no el problema del pecado. Si se evalúan las presentaciones tradicionales del Evangelio, se ve que están obsesionadas con el pecado. La segunda ley espiritual de esa presentación famosa de Campus Crusade dice: «*El hombre es pecador y está separado de Dios*». Toda la presentación está orientada a un asunto de crimen capital, que se soluciona a través de un sustituto que asume nuestro castigo. Además, el enfoque de esta versión del Evangelio es el perdón del pecado y la vida en el cielo después de la muerte.

En contraste con esta visión, el ejemplo de Jesús y su mensaje del reino de Dios no se obsesionan con el pecado ni con la vida en el cielo. El reino de Dios, tal como Jesús lo ejemplifica y enseña, se enfoca en la recuperación de la humanidad hecha a imagen de Dios, en la calidad de las relaciones clave y en la solidaridad (de la persona con Dios, con el prójimo y con la creación). En Jesús vemos el interés vital de Dios con la vida humana aquí y ahora. El despojamiento del Hijo de Dios y su Encarnación manifiestan la solidaridad plena y voluntaria de Dios con la humanidad. Es una visión de buenas

nuevas para esta vida y no sólo para el destino eterno. La humanización del mundo, deshumanizado y deshumanizante, es un proyecto divino, según la vida de Jesús. Y la resurrección de Jesús proclama la victoria última de Dios sobre el mal, el pecado y la muerte. Esta victoria se anticipa en la comunidad del Reino llena del Espíritu de Cristo; y la solidaridad de Dios con la humanidad se manifiesta, continúa y se extiende también a través de la comunidad del Reino. En resumen, el enfoque de nuestra presentación del Evangelio de Cristo es la humanización y la solidaridad, o expresado de otra manera, es la restauración de la humanidad y la reconciliación de las relaciones clave.

Nuestra reformulación del Evangelio necesita adaptar una forma narrativa de comunicación, una narrativa que comunica el propósito creador de Dios, su visión para la humanidad aquí y ahora, su gran amor demostrado en su solidaridad a través de la Encarnación, en su presencia activa en el Espíritu para convertir su propósito en realidad, y en su victoria última sobre la injusticia y la muerte. Este relato del Evangelio ofrece el contexto para la misión divina de restaurar la humanidad y reconciliar las relaciones clave. También esta presentación del Evangelio es un anuncio que, a la vez, sirve como una invitación a unirse al proyecto de Dios. La vida solidaria de los seguidores de Cristo y de la comunidad del Reino ofrece un testimonio vivo que, cuando encuentra coherencia de palabra y hecho, da fuerza a la invitación.

### *Renovación cultural*

He llamado la atención al desfase existente entre la cultura de los jóvenes y la cultura eclesial. Cada denominación y cada congregación tienen su cultura; es inevitable. También reconocemos que la cultural eclesial es una de las más resistentes al cambio, lo cual en parte se debe a la percepción de la legitimación divina de tal cultura. Sin embargo, con el paso del tiempo mucho de lo que era expresión de una relación vital con Dios se ha convertido en tradición estática y estéril. Esta es la placa de colesterol que obstruye las arterias e impide el flujo vital de la sangre. El tradicionalismo es la conversión en sustancia de lo que era simplemente una forma. Pero no es la forma que da vida, sino la sustancia.

La reformulación del Evangelio en clave encarnacional nos lleva a reflexionar sobre la expresión cultural de la fe. Hacen falta nuevos símbolos, ritos y estructuras que expresan mejor la vitalidad de la fe en el contexto actual. Entendemos que cada cultura expresa la cosmovisión del grupo. Según el biblista N. T. Wright, la cosmovisión de una sociedad o cultura ofrece su visión de los asuntos esenciales de la existencia humana y responde a cuatro preguntas fundamentales: ¿Quiénes somos?, ¿dónde estamos?, ¿cuáles son los problemas de nuestra existencia? y ¿cuál es la solución?<sup>6</sup> El

---

<sup>6</sup>La relación de cultura y cosmovisión viene de N. T. Wright, *The New Testament and the People of God* (London: SPCK, 1992), pp. 31-144.

Evangelio narra la sustancia de la cosmovisión cristiana, pero cada una de las múltiples expresiones culturales y cultuales de la iglesia tiene su propia historia y contexto. El tradicionalismo es el proceso de identificar determinadas expresiones culturales con la sustancia. Así pues, cuando uno quiere cambiar un símbolo, un rito o una forma cultural, se percibe como un ataque a la sustancia.

Creo que esta identificación equivocada de la sustancia con la expresión cultural o cultural explica en gran parte los conflictos entre los jóvenes y los mayores en la iglesia. Aunque los jóvenes pueden aceptar el relato del Evangelio y su mensaje de la gracia de Dios en Cristo demostrado por su solidaridad en la Encarnación, no conectan esta sustancia con las formas de la iglesia. Además, los jóvenes no suelen encontrar elementos de su propia cultura en la iglesia, lo cual es vital porque la cultura expresa nuestro sentido de identidad y conexión con la comunidad. Por tanto, los jóvenes no quieren ir a la iglesia porque no se sienten identificados ni conectados con la comunidad. Si queremos jóvenes comprometidos y entusiasmados con el Evangelio, hay que darles el permiso, el espacio y el apoyo para cultivar formas culturales propias que sean coherentes con el Evangelio. Esta tarea no es nada fácil. Para los mayores que no comparten la cultura juvenil, que han sido inculturados en una forma tradicional de la iglesia, una cultural eclesial que refleje la cultura de los jóvenes la sienten extraña e incómoda. Por ejemplo, si mi música sacra favorita es Bach, es probable que la música de Marcos Witt no me inspire mucho.

Para dar un ejemplo breve de posibles cambios que reflejan la cultura de los jóvenes, primero es necesario identificar algunos de sus valores. Los jóvenes valoran la democracia, que se expresa a través de la participación. No vale simplemente que una persona de cierta edad lea la Biblia en el culto; quieren contribuir al diseño del culto mismo. Otro factor que choca con el valor democrático de participación es el sermón monólogo. Un mensaje al que uno no puede responder ni cuestionar parece autoritario, y esto es algo que los jóvenes rechazan. Se puede incorporar el diálogo al sermón. Los jóvenes valoran altamente lo nuevo, pero esto no significa que no aprecien las tradiciones. Sin embargo, quieren buscar nuevas maneras de expresar lo tradicional, de hacerlo «suyo».

Con estos ejemplos en mente, podemos entender que hace falta cultivar una sensibilidad cultural y aplicar una interpretación de la cultura, tanto de la circundante como de la interna de la iglesia. Por ejemplo, un análisis de la cultura del barrio que identifique la cosmovisión de los vecinos, y las expresiones culturales y su significado, puede indicar cómo enfocar y mejorar el testimonio y el servicio de la iglesia en este barrio. Una comparación y un contraste entre el relato del Evangelio y su cosmovisión con la cosmovisión y las expresiones culturales del barrio puede servir para identificar maneras de comunicar y expresar el Evangelio que coinciden en gran manera con la

cultural local. Si estamos hablando más o menos el mismo idioma cultural, podemos construir puentes entre dos cosmovisiones diferentes.

Se puede aplicar un proceso analítico a la cultura interna de la iglesia también. Podemos contrastar el significado histórico-tradicional de los diferentes símbolos, ritos y expresiones de la iglesia con el significado real actual: ¿Qué comunica y expresa realmente este elemento para las personas actuales? ¿Coincide con la intención histórica o con la sustancia que dio vida a esta expresión? Puede haber un gran abismo entre lo que pretenden comunicar y lo que comunican realmente. Por ejemplo, el púlpito central y elevado en las iglesias reformadas originalmente era expresión de la primacía de la proclamación de la Palabra de Dios, pero para un joven hoy comunica distanciamiento, separación y autoritarismo. La cosmovisión del Evangelio sirve como el criterio de evaluación de las expresiones culturales.

Este proceso analítico y de adaptación es muy dinámico, y necesita tomar en cuenta la diversidad en las iglesias. No sólo hay diferentes generaciones representadas, hay diferentes culturas y nacionalidades en la mayoría de ellas. Las expresiones culturales del Evangelio en una iglesia local pueden reflejar la diversidad cultural de la congregación; por tanto, incluirán elementos intergeneracionales e internacionales. No será una expresión monolítica e inmutable.

No estoy diciendo que la cultura contemporánea debe dictar las normas para la Iglesia. Siempre habrá una tensión dinámica entre la cultura actual y la cultura eclesial, entre las respectivas cosmovisiones y sus formas culturales. Con frecuencia la iglesia tiene que asumir su papel profético y afrontar la cultura y la sociedad, puesto que estas suelen desprestigiar y deshumanizar al ser humano, mientras que la misión encarnacional recupera la dignidad humana y humaniza. Sólo digo que es necesario que la Iglesia preste mucha atención a los aspectos culturales y los repense a la luz del Evangelio y de la cultura actual.

### *Las actitudes*

¿Y qué podemos decir de las actitudes que encontramos en las iglesias? Las actitudes acompañan a las formas y son de igual importancia, quizás más. Los jóvenes consultados en el estudio de Kinneman y Lyons destacaron una actitud sentenciosa hacia ellos y el sentido de superioridad como dos elementos que generan mucho rechazo. Estas actitudes están tras la acusación de hipocresía. Los cristianos proclamamos que Dios es amor y que este amor es incondicional, pero nuestro amor está muy condicionado. En muchos casos queremos que la persona acepte nuestra teología antes de que le aceptemos a él como persona.

Tenemos que acabar con la actitud sentenciosa y vivir conforme al amor incondicional de Dios. Las personas se transforman cuando experimentan el amor divino; no se transforman porque les convezamos a adoptar nuestro credo. La fe expresada en

creencia surge de la experiencia del amor de Dios; no es una condición para experimentar este amor. Nuestra tarea es amar sin condiciones tal como Dios ama, y la transformación de las personas corresponde a Dios.

Esta actitud de superioridad se basa en gran parte en el dogmatismo que surge de la idea de que los cristianos tenemos «la Verdad» y los demás están equivocados. Los jóvenes están más preocupados por la autenticidad que por la coherencia de palabra y hecho que por la necesidad de ser dueños de la verdad. En parte debido a que valoran la no discriminación y rechazan el dogmatismo. Pueden tener una convicción y un compromiso cristiano firme, pero a la vez dan espacio al otro con otras convicciones sin discriminarle ni juzgarle. Están cómodos con esta tensión dinámica e incómodos con la polarización simplista de la Verdad *versus* la mentira.

Diana Butler Bass es socióloga de la religión y ha escrito un libro impactante: *El cristianismo después de la religión: el fin de la iglesia y el nacimiento de un nuevo avivamiento espiritual*.<sup>7</sup> La autora ha captado bien una dinámica de la iglesia que está arraigada en esta actitud dogmatista que requiere reforma. Observa pues que las iglesias hoy ponen prioridad en la creencia de la persona, a lo cual sigue el comportamiento, es decir, su moralidad, y sólo luego, cuando uno ha adoptado el credo y el código moral, se acepta a la persona como miembro en la comunidad. Es decir, para obtener la pertenencia a la comunidad uno primero debe adoptar la confesión de fe y las pautas morales de esta comunidad.

Bass observa que este orden es el inverso del que observamos en el ministerio de Jesús y el Nuevo Testamento. Primero viene la pertenencia, luego el comportamiento y finalmente la creencia. El cristianismo no comenzó con una confesión de fe, sino con una invitación a la amistad, a la comunidad, a las relaciones basadas en el amor y en el servicio. Jesús comenzó con la disposición del corazón, la cual era el fundamento de la verdad. Para Jesús la fe, la verdad y la libertad son relacionales y no especulativas.

## Conclusión

La Gracia realmente está en una encrucijada. ¿Cómo vamos a responder ante el reto? Una opción es adoptar una actitud victimista, escondernos tras los muros de la iglesia y fortalecernos más en el tradicionalismo. Pero esta opción resultará muy pronto en un infarto fatal.

La opción que ofrece futuro, que nos lleva a un protagonismo en la sociedad y en el mundo, comienza con la angioplastia: volver a reflexionar sobre la sustancia del Evangelio, y las formas de su expresión y vivencia, y tomar en serio los avances en el estudio bíblico-teológico, que podemos usar como instrumento para limpiar las arterias.

---

<sup>7</sup> Diana Butler Bass, *Christianity after Religion: The End of Church and the Birth of a New Spiritual Awakening*. New York: HarperCollins Publishers, 2012. EPub Edición: ISBN 9780062098283

En cuanto a la sustancia del Evangelio, creo que la Encarnación debe ser el énfasis teológico central. Es vital recombinar la humanidad y la divinidad de Jesús para que veamos que la divinidad se revela en su humanidad. Esto tiene implicaciones profundas para nuestra comprensión de la cruz, de la misión y de la comunidad, como he indicado. Una teología encarnacional cuyo énfasis misional es la humanización y la reconciliación se convierte en criterio de evaluación de la vida de la iglesia.

Un evangelio humanizador y reconciliador también afecta a las formas de la Iglesia. Nuestra presentación del Evangelio deja de obsesionarse con el pecado como un crimen y con la vida en el cielo. Se centra en las personas y la calidad de sus vidas y sus relaciones clave.

Una iglesia que busca protagonismo en el futuro tiene que conectar profundamente con la generación joven, cambiar de una iglesia pre-ordenador a una iglesia Web 3.0. Para ello, hace falta cultivar una sensibilización cultural que incluya un análisis profundo de la cultura circundante y de la cultura interna de la iglesia. Esto incluye una consideración de las actitudes de la iglesia.

En esta ponencia he ofrecido algunas propuestas de cambio de sustancia y de forma. A lo mejor no son las más adecuadas, pero indican un camino que necesitamos recorrer juntos. Hagamos un análisis realista, de la reflexión teológica, de la oración persistente y del diálogo con vistas a elaborar programas de cambio. Y sobre todo, recombina la humanidad y la divinidad de Jesús como base teológica, misionológica y eclesiológica; para que la gente descubra la divinidad a través de nuestra profunda humanidad.

Marcos Abbott  
Decano

Aula Abierta 2014  
Facultad de Teología SEUT  
7 de junio, de 2014